

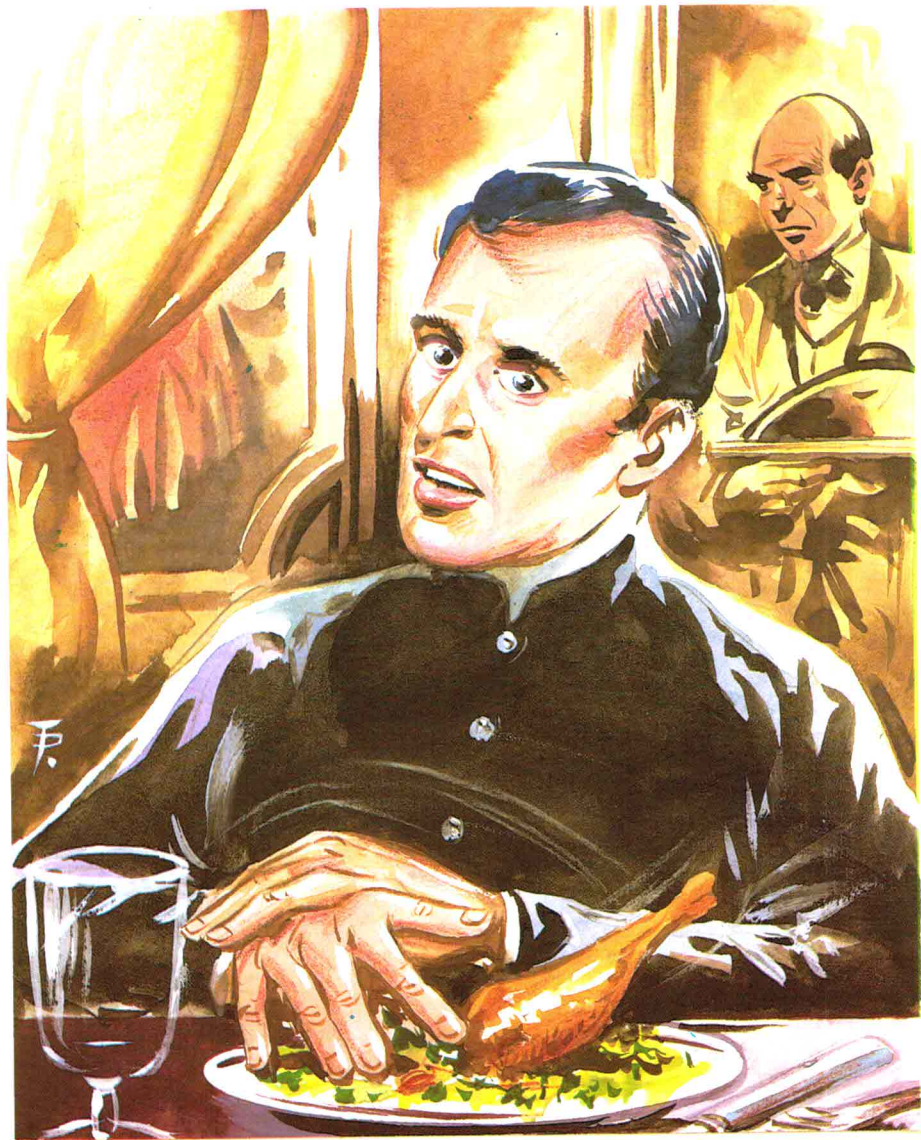
SAN JOSE ORIOL

TONIA
PORT

SAN JOSE ORIOL

P. Rafael M.^a López-Melús
Carmelita

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA



El pavo no era para él

Es bien cierto que el Señor a cada persona la lleva por un camino hacia la meta que es la misma para todos: Ir al cielo, es decir, salvarse. Para este fin hemos sido creados y no para otro como piensan algunos insensatos...

Entre los hombres ha habido algunos que el Señor los ha elegido de modo especial y los ha colmado de sus gracias en beneficio de los demás mortales.

A éstos, con frecuencia les ha dado el poder de hacer milagros, es decir, cosas inverosímiles o que rebasan las leyes de la naturaleza...

Uno de estos elegidos o enchufados del Señor fue sin duda un joven primero y un sacerdote después que murió siendo todavía joven —no contaba más que 51 años— y que mereció en Barcelona, ciudad donde nació, vivió y murió, el título de el MILAGROSO O TAUMATURGO... que viene a significar la misma cosa...

Pues mirad lo que sucedió en cierta ocasión que le retratará casi para toda su vida. Era entonces recién ordenado sacerdote y estaba al cargo como preceptor o educador de dos niños, Pepito de siete años y Paquita de dos. Eran hijos de la ilustre familia barcelonesa pero de origen milanés, llamada los Gasneri.

Un día le pusieron a comer, como a los demás, un rico plato de pavo asado... Alargó la mano para partirlo y llevárselo a la boca pero... ¡Oh, prodigio!... aquella mano parecía estar parálitica. Por más esfuerzos que hizo no la podía mover. Trataba de hacer otra cosa cualquiera y no había dificultad... Pero intentaba llevarse un trozo de pavo a la boca... y siempre lo mismo. Como si fuera de hierro. Era inmóvil...

Fue la lección para que ya nunca probara la carne y llevara una vida mortificada... como siempre lo hizo.



El Santito

La naturaleza fue muy pródiga con él. Su temperamento era dulce, afable, meticulado, ordenado, calculador, metódico...

Parece que esta bondad y dulzura la había recibido de su buena madre Dña. Gertrudis Buguna que morirá muy ancianita después de haber vivido muchos años santamente la viudez de su esposo Juan Oriol. Este murió a los 37 años después de haberles bendecido el Señor con siete hijos que casi todos murieron de muy niños...

Ellos eran sencillos jornaleros y muy buenos cristianos que trataron de educar a José en el santo temor de Dios y en las virtudes humanas y sobrenaturales.

Su madre intentó darle estudios pero los ingresos del modesto tejedor no daba para tanto... ¿qué hacer?

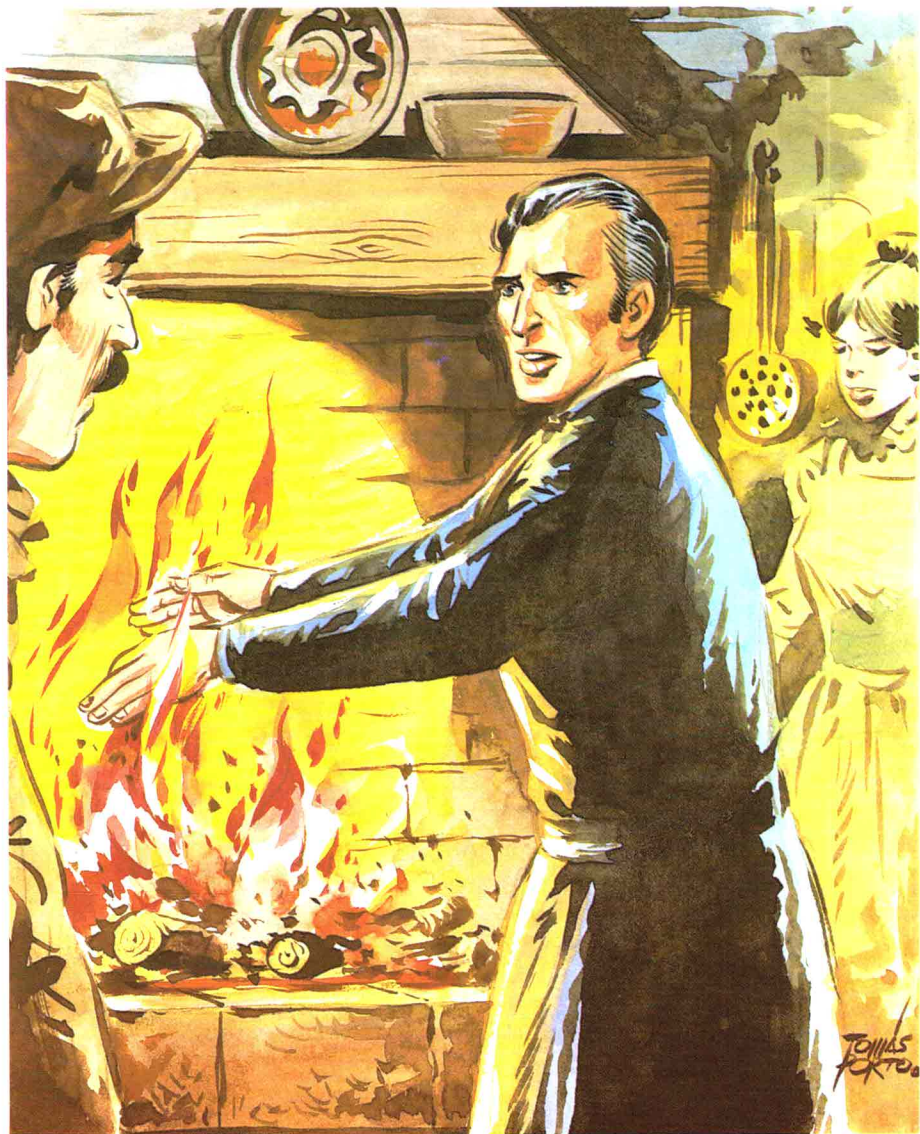
Había un sencillo cargo que estaba reservado para las familias más pobres y entre ellas se contaba la del matrimonio Juan y Gertrudis: Este oficio era el de *monaguillo* de la parroquia de Santa María del Mar... Aquella comunidad cristiana pronto supo descubrir las cualidades del nuevo monaguillo y le admiraba por su puntualidad —jamás hizo tarde ni descuidó cuanto le encargaban— y sobre todo por su piedad que no parecía niño sino como si ya fuera un venerable sacerdote...

Por ello empezaron a conocerle con el nombre que ya se había ganado de «el santito»...

Con cariño le llamaban así y le hacían regalos y... cierto día llamaron a Gertrudis para decirle:

—«Oye, ¿no te parece que a tu hijo, que se ve inclinado hacia las cosas del Señor, podríamos invitarle a que entrase en el Seminario para prepararle para sacerdote?».

Y así se hizo. No había entonces seminario en Barcelona pero fue preparado igualmente. Las lecciones se las bebía. Pronto dejó atrás a todos sus compañeros de clase... Aquel niño prometía...



Las manos en el fuego

El joven Oriol seguía trabajando y estudiando... Pero no se olvidaba por excusa de los libros lo principal de sus obligaciones que era cultivar la vida espiritual...

Cada día iba a Misa y además de servirla con gran devoción que llamaba poderosamente la atención de cuantos asistían a ella... comulgaba y pasaba largos ratos de oración.

El había oído decir a su madre, y en los sermones de la parroquia también, que la oración era algo de lo que no se podía prescindir.

A otro sacramento hacia el que sentía una tierna devoción era el sacramento de la penitencia, que cuando será sacerdote lo practicará tanto en favor de los fieles por su oficio de benéficiario y él mismo lo recibirá, con gran piedad, cada día antes de celebrar la santa misa...

Se confesaba, pues, con gran frecuencia y con profundo dolor de sus pecados aunque como la gente decía de él, no los tenía porque «era un santito»...

Mientras estudiaba vivía en casa de su madre de leche, una buena señora que se llamaba Catalina. El la quería por que era muy buena y por la relación que con él había tenido desde niño, pero su afecto hacia ella era el más puro y bueno que se puede imaginar.

No pensaba así el esposo de ésta que llegó hasta sospechar de la honestidad de José respecto a su esposa. No había manifestado a nadie estos pensamientos... Y a pesar de ello cierto día estando todos sentados a la mesa, movido por una fuerza de lo alto, dijo José:

—«Es falso lo que Vd. está sospechando de mí. Y para que vea que no temo el castigo del Señor, meto las manos al fuego sin quemarme»...

Y las metió en aquel momento. Antonio —que así se llamaba el esposo de Catalina— cayó de rodillas y le pidió perdón por pensar mal de él...



El Santo benefactor

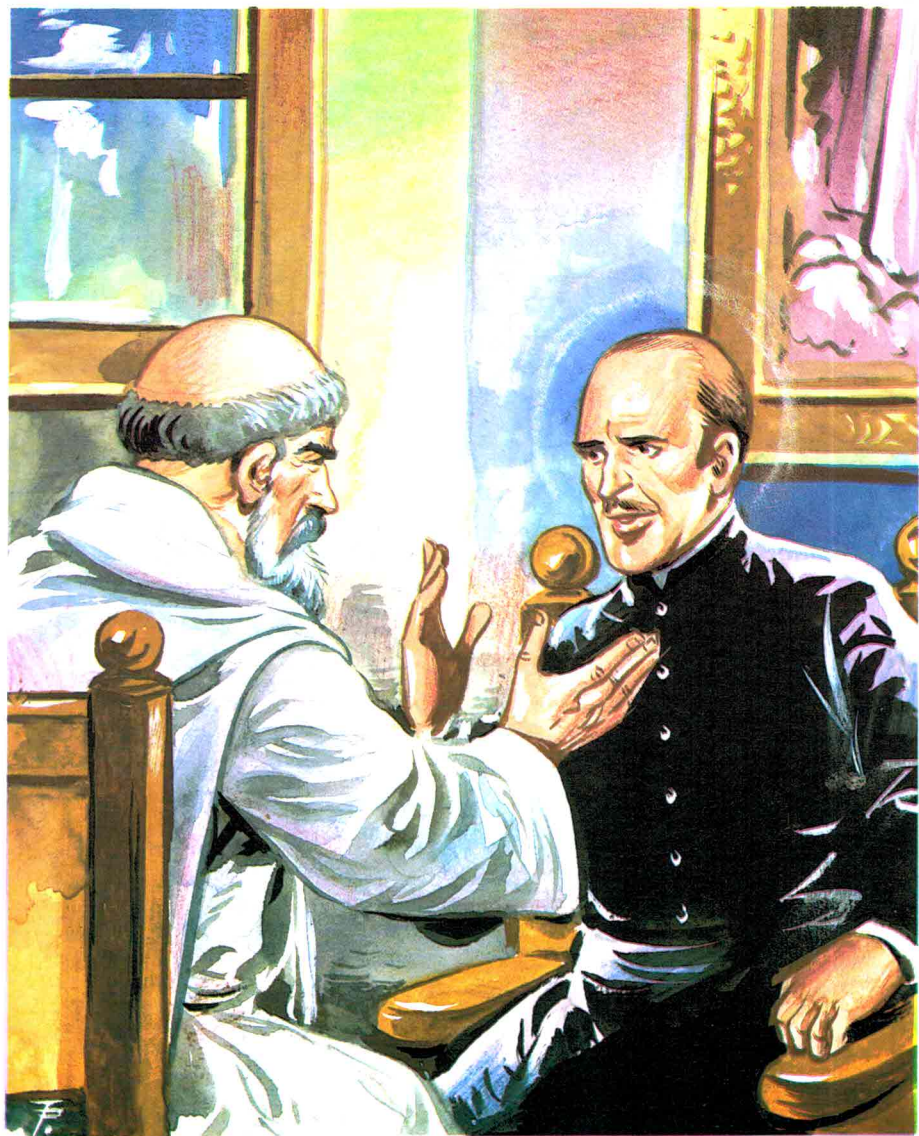
Cada día se le veía correr por los caminos de la santidad y de la ciencia... Sus receptores le ayudaron a estudiar gramática primero, filosofía después, hasta encaramarse con los profundos estudios de la sagrada teología... Llegó a estar tan preparado para obtener el grado máximo en esta asignatura porque esto no era cuestión de privilegio sino de profundo estudio y de romperse los codos.

Dicen las crónicas del tiempo que *nemine discrepante*, es decir, sin que nadie estuviera en contra, le fue otorgado el grado de doctor en teología... Ya antes se había entregado de lleno al estudio de la lengua hebrea porque en su interior eran dos las ideas que le empujaban a ello: Conocer mejor la Palabra de Dios, en el mismo idioma en que fue escrita... y poder ir a Israel para convertir a los judíos a la fe de Jesucristo... Este último deseo no lo pudo ver satisfecho en su vida pero siempre sintió un afecto especial hacia los hijos de la raza de Jesús y María...

Ya era Doctor en Teología... pero a pesar de estar tan preparado para escalar el don del sacerdocio según normas de la época no podía ordenarse sacerdote si no disponía de un *beneficio* aunque fuera mínimo para poderse sustentar...

Por fin se lo concedieron. Era el beneficio de «Bell-lloch». Era tan ridículo como el equivalente a siete pesetas anuales... Pero encontró un buen compañero en buena posición económica quien se comprometió a ayudarle con la cantidad anual que faltase para su sustento... y así pudo ordenarse sacerdote...

Ignoramos lo que pasó en su alma el día de su ordenación sacerdotal y su primera misa que celebró un mes después... pero no hay duda que sería la misa de un santo.



Su director espiritual

Tú eres sin duda un peque y poco entiendes de estas cosas de dirección espiritual. Es normal. Pero voy a explicarte un poco para que lo entiendas mejor:

El hombre no se basta a sí mismo por inteligente y rico que sea. Necesita de una ayuda, un guía que le oriente en este caminar hacia la Patria definitiva que es el cielo...

Santa Teresa de Jesús entendía mucho de esto y ella nos dejó escrito en su maravillosa *Autobiografía* el gran mal que le hicieron algunos directores espirituales que no entendían de su cometido y a la vez el gran bien que le hicieron otros que estaban duchos en la materia de dirección de almas...

El ilustre cardenal Mercier, Arzobispo de Malinas -Bélgica-, decía esta frase aleccionadora:

-Confesores hay por doquier, a montones, gracias a Dios. Directores espirituales buenos son muy escasos...

Yo te preguntaría: ¿Tú, a pesar de que todavía eres niño, tienes ya tu director espiritual? ¿Tienes a un sacerdote al que le profesas gran confianza y le abres cada semana o cada quince días tu conciencia para que, en nombre del Señor, te dirija por los caminos del espíritu?

Si todavía no lo tienes búscatelo...

El joven sacerdote José Oriol tuvo la suerte de dar con un magnífico director espiritual en quien confió plenamente sus asuntos espirituales y hasta materiales. Se llamó el P. Juan José Casas y Mora de la Concepción. Era religioso carmelita y los Procesos de Beatificación de nuestro Santo hacen grandes elogios de la santidad de este religioso. No daba un paso el Padre Oriol sin contar con el consejo y la bendición del P. Juan José...



Con los filipenses

Hacia unos años, cuando el Padre Oriol se ordenó sacerdote, que los religiosos filipenses habían fundado en Barcelona.

No eran propiamente religiosos: Aquel gran hombre que se llamó SAN FELIPE NERI dio vida a esta especie de Asociación Religiosa que tomaron su nombre o este otro: Sacerdotes del Oratorio. Ellos no estaban sujetos a la rigidez de una Regla a estilo de los otros religiosos. Eran más abiertos y tenían la peculiaridad de entregarse especialmente al cuidado de las almas mediante la dirección de las conciencias cristianas...

Entre ellos –sin pertenecer propiamente a esta Asociación– se sentía bien el Padre Oriol. Les visitaba cada día y en su oratorio pasaba horas y horas entregado a oír confesiones y su oración personal. El mismo se convirtió en un Director espiritual de lo más cotizado en Barcelona. Acudían a él de todas partes y siempre tenía una larga cola esperándole en el confesonario o en la sala de dirección espiritual...

Era común que todos salían de su charla con el Padre José alentados a ser mejores y con gran paz en su corazón...

Durante este tiempo después de la asistencia al Coro, que lo hace con gran dignidad y fervor... y hasta tiene por oficio llevar cuenta de la llegada y faltas de los demás compañeros porque después, a la hora de la paga, habrá que tener en cuenta estos detalles, el tiempo que le queda libre de confesar y dirigir... lo dedica al estudio y a la escritura... para hacer también bien a cuantos acuden a él por medio epistolar...

Lleva una vida rigurosa consigo mismo y es muy comprensivo y abierto con los demás... Este era el lema de todos los santos y el Padre José... va para santo.



El doctor pan y agua

Siempre fue muy mortificado D. José Oriol... de niño, de joven y de maduro sacerdote... Pero sobre todo lo fue desde aquel caso del milagro del pavo con que hemos comenzado esta historia... ¿lo recuerdas?

Desde entonces aquel rostro y calvicie que le daban solemnidad y seriedad se hizo más macilento y parecía como si la dulzura y bondad de su cara se aumentaran...

Mortificaba su cuerpo con cilicios y dormía pocas horas al día y sobre un duro madero... Pasaba largas horas clavado en el suelo ante el sagrario o ante el altar de la Virgen en profunda oración...

Los compañeros de coro y otros amigos le conocían cariñosamente con el nombre de «El Doctor Pan y Agua». Esto era porque sabían de su vida mortificada y que pasaba la mayor parte de sus días solo a base de pan y agua... El no se sentía molesto por estas bromas.

Durante estos años de madurez espiritual se dedicó especialmente a la lectura de las Obras de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. Cuantos le trataban conocían muy bien que se las sabía casi de memoria. Mucho influía a ello las visitas que por lo menos semanalmente hacía a los Padres Carmelitas de Nuestra Señora de Gracia donde se encontraba tan a gusto platicando con aquellos religiosos de cosas espirituales y recibiendo la dirección de su director espiritual el Padre Juan José de la Concepción...

En varias coasiones manifestó sus deseos de ir a misiones para morir por Jesucristo. Solía decir:

—«¿Hay alguna compra más ventajosa que la del Paraíso con solo una cuchillada? ¡Cuánto me gustaría que el Señor me concediera la gracia de elegirme para ser mártir por El!».

Fue mártir del fiel cumplimiento de su deber que a veces cuesta más que el mismo martirio cruento...

TOULAS
FORTO.



Peregrino a Roma

Padre José se siente hijo de la Iglesia hasta la médula. Quizás aprendió este gran amor a la Iglesia al leer las Obras y la Vida de la incomparable Santa Teresa de Jesús que murió en una tarde del mes de octubre de 1582, repitiendo por tres veces:

—Al fin, muero hija de la Iglesia...

Para conocer más de cerca las raíces de la Iglesia y postrarse ante el Sepulcro de los Apóstoles San Pedro y San Pablo y a la vez besar el pie del Santo Padre Inocencio XI que a la sazón gobernaba santamente la Barquichuela de Jesucristo... quiso ir a Roma como un peregrino más.

Con solo el breviario y su túnica rayada, sin sombrero ni alforjas... se puso en camino mendigando de puerta en puerta...

En Roma fue recibido por el Papa y a imitación de San Ignacio de Loyola, San José de Calasanz y de otros españoles también pensó si sería la voluntad de Dios el quedarse en la Ciudad Eterna... pero pronto vio que ésta no era la voluntad del Señor y que debía volver a su ciudad natal para entregarse en cuerpo y alma al cuidado de todos los apostolados, ya que todos los abarcó nuestro santo.

Pero aquella visita quedó grabada en su alma y muchos años después todavía lo recordará en sus cartas.

Deseaba ser misionero, ser mártir... y aquí, en Barcelona, descubrió que podía ser todo eso si cumplía con fidelidad sus obligaciones como beneficiado de la Iglesia de Santa María del Mar...

Con frecuencia, como fruto de su encendido amor a Jesucristo y a la Virgen María, caía en éxtasis y volaba por los aires a la vez que exclamaba:

—«¡Amor mío! ¡Amor mío, qué poco amado eres de los hombres!»...



Modelo de beneficiados

Padre Oriol no era de esos hombres que hacen ruido en cualquier parte donde se encuentran... El hacía el bien sin querer darle importancia alguna...

El no llamó la atención ni por los cargos de importancia en el gobierno de la Iglesia, ni por las obras relumbrantes que se ven en otros Santos. Su vida se distingue y por ello es más atractiva y ayuda a tratar de imitarla, pues en ella sólo se ven cosas sencillas, ninguna extravagancia...

En las Crónicas de su tiempo hay algunos detalles que no llaman la atención a un lector superficial pero que son los que le empujaron a escalar la más alta santidad y la que cautivó a todos los que le trataban... Era la santidad sencilla, atractiva, sin estridencias de ninguna clase... Así poco más o menos era su día según los biógrafos de su tiempo:

Llegaba a la iglesia para rezar al coro antes que nadie y pasaba unas horas ante el Santísimo preparándose para el Oficio coral que recitaba con gran dignidad y profundamente atento a cuanto sus labios pronunciaban...

Siempre tenía gente esperándole en la capilla para poder confesarse o consultarle alguna coşilla de sus conciencias...

Por las calles corren los pequeş para abrazarle y besarle la mano. El los atiende como si de grandes personajes se tratara...

Ha pedido que le coloquen la Misa lo más tarde posible porque así tiene más tiempo para poderse preparar a tan gran misterio...

Visita a cuantos enfermos puede y les lleva el consuelo de sus palabras y las limosnas que puede...

Cada día recibe antes de la Misa el sacramento de la Penitencia con gran fervor... Ora. Ora. Ora...



Su amor a la Virgen María

La mamá Gertrudis era una fervorosa devota de la Virgen María... Y era lógico que este amor a la Madre de Jesús lo infundiese también en el tierno corazón de su hijo José.

En aquel hogar se rezaba cada día el santo rosario dirigido por el padre mientras vivió y después por la madre. En la casa, a pesar de ser de familia modesta, tenían un altarcillo con una bella imagen de la Virgen María y ante ella pasaba horas y horas aquel niño que ya dejaba vislumbrar que en el futuro sería gran predicador de sus glorias...

Durante sus largos años de estudio se puso bajo el patrocinio de la Virgen María y a Ella encomendó sus estudios. Por ello fueron coronados tan espléndidamente.

Cuando ya desde niño fue monaguillo de la Iglesia de Santa María del Mar, ante aquella imagen pasaba igualmente muchos ratos contándole sus secretos de niño primero y de adolescente después...

Si aquella imagen pudiera hablar estamos seguros que nos contaría muchos secretos del corazón de aquel niño inocente y de aquel joven valeroso que por nada del mundo quería ofender ni a su Hijo ni a Ella... Ante su altar hizo el Voto de ofrecerle para siempre su virginidad...

Ella, la Virgen María, le ayudó siempre en todas sus empresas y por ello salió airoso de todas ellas a pesar de que no le faltaron dificultades...

Por iniciativa de su Director espiritual carmelita vistió el HABITO DEL CARMELO, el Santo Escapulario, que llevó toda su vida con gran fervor y trató de imitar las virtudes que el mismo simboliza, que son muchas, como recordó el 11-2-1950 el gran Papa Pío XII



En las manos de Dios

San José Oriol fue un hombre providente cien por cien. Se fió de Dios como San Pablo y Dios no le falló nunca. No faltaron quienes le recomendaban que se preocupase del mañana... Que no hacerlo era tentar a Dios. Que se comprase algo para que cuando fuera anciano no quedara desamparado de todos...

Nunca dio oídos a estas voces. Todo cuando tenía o le entregaban para él lo pasaba a los pobres. El gozabaa con ser canal por donde llegaban a los necesitados cuanto él se privaba para sí...

Hasta alguien podrá preguntar: ¿por qué no se llevó consigo a su madre Gertrudis que quedó viuda a tan temprana edad?...

No hay duda que lo pensaría y que la quería con toda su alma como buen hijo y procuraría no le faltara lo necesario, y, más aún, la recibió en sus brazos antes de expirar... Pero también era consciente de que con frecuencia los padres sufren si viven al lado de sus hijos cuanto a ellos les sucede... Y en otras ocasiones pueden ser estorbo para sus apostolados... El se echó en los brazos de la Divina Providencia y esta jamás le abandonó...

Cuando ya era mayorcillo intentó una vez más irse a las Misiones. El fuego de las almas ardía en su corazón... y partió con el báculo y el breviario camino de Ultramar... Marchó a Marsella para allí embarcar hacia Oriente... Pero llegando allí enfermó de gravedad y recibió este aviso de la Virgen María:

—«Hijo mío, es deseo de mi Hijo y mío que vuelvas a Barcelona y allí te entregues a toda clase de apostolado. Allí tienes tus judíos e infieles para convertir»...

Volvió y ya nunca más se dejó atraer por la tentación de las misiones... Las tenía en casa...

«¡Qué hermoso es esto!»

Aquel hombre de ojos azules y de calva venerable... aunque para algunos estaría casi a mitad de la carrera, ya ha madurado tanto que está a punto de decir con San Pablo:

—He llegado a mi fin, he combatido bien mi combate...

El, que siempre se distinguió por ser tan metódico y ordenado... El, que sabía lo que venía después porque lo había preparado con meticulosidad... sabía con toda certeza que su fin se acercaba... Que ya estaba detrás de la puerta para darle el justo merecido...

Ordenó todas las cosas.

No tenía nada, pero lo poco que tenía lo había dejado ya escrito en su testamento para quien debían aquellos pocos enseres: Breviario, hábito coral, algún libro, su pobre camastro... Todo estaba en regla.

La muerte no le cogió de improviso ni con las maletas vacías o a medio componer...

Ha ido al Coro como todos los demás días. Se ha confesado y ha celebrado con gran fervor su última Misa. Le va a servir —aunque nadie más que él lo sabe— de Viático.

Van a ser muy poquitos los que le acompañen en estos sublimes momentos. Ha pedido a un amigo que vengan unos pocos niños para cantarle el *Stabat Mater Dolorosa*... Mientras con lágrimas en los ojos aquellos niños que tanto le quieren cantan, él les hace de cuando en cuando ademán para que se detengan mientras con gran fervor exclama:

—«¡Oh, qué hermoso es esto...! ¡Qué hermoso es»...!

Su amigo acompaña a los niños con el arpa... Aquello no parece una muerte, es más bien un vuelo a la eternidad gozosa.

Aquel hombre sencillo, que pasó sin hacer ruido, casi sin que los demás se dieran cuenta aunque le llamaban EL SANTO... voló a la eternidad sin darse cuenta los que lo rodeaban. El sí.

